

## El encanto es un pueblo pequeño

### *Hacia el corazón del Amazonas*

VALERIE MEIKLE

Planeta, Bogotá, 2017, 302 pp.

“LO MÁS importante en la vida de uno es la vida de uno”. Este es el leitmotiv de Valerie Meikle, una inglesa de nacimiento que fue adoptada por los ríos y las selvas colombianas hace más de cincuenta años. A Meikle le retrató su hija Clare Weiskopf en el documental *Amazona*, en 2016. Este largometraje ganó el Premio del Público en la edición 57 del Festival Internacional de Cine de Cartagena, fue nominado al Premio Goya a la mejor película iberoamericana y obtuvo dos nominaciones en los Premios Fénix a mejor fotografía documental y mejor música.

En la cinta, Clare retrata a una mujer libre, enfrentada con la idea de la maternidad tradicional, con hambre de mundo y sin la más mínima intención de renunciar a su vida por más distancia que esta ponga entre ella y sus hijos. La respuesta del público ante esta obra fue increíble por lo crudo de su relato y la personalidad de la protagonista.

El documental despertó la curiosidad de muchos respecto a la vida de Meikle. ¿Quién era, cómo había llegado a la Amazonía colombiana, qué había hecho en la selva para sobrevivir, cuál era su historia? Alejada de la realidad mostrada en *Amazona*, Meikle llevó un diario en el que, como una cronista de Indias, consignó sus vivencias conforme estas iban sucediendo; durante cinco meses vivió en un bote junto a Miguel, su pareja en el momento, y con quien recorrió desde el río Putumayo hasta el río Amazonas en una aventura digna de un guion hollywoodense. De este viaje nació *Hacia el corazón del Amazonas*, un libro lleno del misticismo del paisaje, las postales que quedan impresas en la memoria de una viajera curiosa, cargadas de una prosa sencilla y más bien con pocos ornamentos.

El libro ya tiene voz. La misma voz de Meikle en *Amazona*: un español permeado por el acento inglés que adorna la *r*, la *s* y la *c*, y del que es imposible escapar en toda la lectura. Gracias al uso de la primera persona y a la manera como Meikle cuenta sus

historias, el relato es tan cercano que se siente como si la misma protagonista lo estuviera contando en una noche de tragos, entre risas y anécdotas que siguen un hilo cronológico, pero en la que, al tratarse de un diario, se ve el cambio de tono en ciertas situaciones.

Una noche, viviendo en la selva con los secoyas, salí a orinar. Me acurrugué en la tierra mirando arriba a las estrellas, allí estaban por millares. Contemplando la inmensidad del cosmos y sintiendo la cercanía de la energía divina, susurré, “¡Muéstrame tu poder!”. En ese preciso instante una estrella fugaz atravesó el cielo. Yo no estaba pidiendo una prueba, pero la confirmación provocó una sensación de júbilo en todo mi cuerpo. (p. 53)

La historia sigue conforme el río avanza, las enfermedades aparecen, relatos de una úlcera que dejaba asomar el hueso de la cadera, de una piedra negra contra mordedura de serpientes, o aventuras de Meikle en la selva empuñando una escopeta. Los personajes resultan caricaturescos por la misma cercanía con la que los leemos. Son colombianos que encontramos en cada esquina, incluso muchos de ellos somos nosotros mismos hablando. Aunque no es solo para reír, sino también para llorar. La visión ajena de Meikle, que a pesar de todo sigue siendo una extranjera en el texto, permite leer fotografías de momentos que muchos hemos visto.

Un señor gordo que tenía un local grande, río abajo, llegó pidiendo remedios. Era extraño ver a un gordo barrigón, bien comido, pedir remedios a un flaquito como don Rafael. Mirando de cerca su manera de comer me puse a pensar que uno de los secretos de la buena salud es comer poquito. (p. 173)

A la hora de retratar a las comunidades indígenas, Meikle no se queda con una mera descripción física. El libro tiene citas, por ejemplo, del libro *Del Orinoco al Amazonas*, escrito en 1802 por Alexander von Humboldt, o de *El río. Exploraciones y descubrimientos en la selva amazónica*, de Wade Davis. Además de compartir en estas páginas el conocimiento ancestral que obtuvo de su viaje, la mirada de Meikle muta con el pasar de los capítulos.

Un punto de quiebre es cuando prueba el yagé. Al comenzar el relato la reflexión va encaminada hacia la civilización, los teléfonos y los carros. Aquel eterno debate sobre lo que realmente significa ser civilizados, la fe, la comodidad y la connotación de lo divino. Después de tener una visión sobre su madre y un sinfín de episodios en los que la epilepsia, las llagas y la desintoxicación tuvieron lugar, Meikle avanza hasta explicar la belleza y complejidad de la Amazonía a través de todos sus habitantes.

Observé atentamente. Un par de orejas aparecieron: sensitivas, alertas, listas para captar cualquier sonido alrededor. Me quedé completamente quieta. En suspenso. Mi respiración misma se detuvo. Iba apareciendo una frente amarilla con rayas negras. Al salir de la sombra del matorral dos ojos botaban destellos de luz solar. Ojos amarillos partidos en dos por una raya negra, vertical. ¡Ojos felinos! El cuerpo de gato gigante fue emergiendo y supe que estaba ante la presencia del animal más bello de la selva. Allí estaba a unos diez metros de mí. ¡Un jaguar! Un tigre, como lo llamaba la gente por esos lados. (p. 240)

Aunque Miguel y el resto de personajes son actores pasivos en la historia, llegan a cobrar cierto protagonismo en algunos pasajes, a darle un respiro al relato íntimo y la voz de Meikle toma distancia al narrar determinadas historias.

Sin duda alguna, este libro logra retratar, con un estilo ligero, una cara de Colombia imposible de reproducir y, a pesar de que también recorre tramos de Perú y Brasil, el relato es colombiano, de la misma forma en que la voz de Meikle se transforma hasta llegar a ser una completamente familiar. Sin importar el acento que salta en cada línea, y el sinfín de oraciones perfectamente armadas con sujeto, verbo y predicado, es necesario recorrer sus páginas con la misma devoción con que su protagonista surca nuestros ríos, ya que en la estela que deja tras su paso no hay más que aprendizaje y conocimiento.

**Nicolás Rocha Cortés**